

La Política Criolla en una Novela

por Sebastián Salazar Bondy

Hay una extraordinaria novela guatemalteca que pinta con trazos vivos y rotundos el carácter de la política latinoamericana: "El Señor Presidente", de Miguel Angel Asturias. La última obra de Francisco Vegas Seminario (1) es la versión criolla de ese mismo mundillo, y aunque entre ella y la de Asturias no hay coincidencias de estilo e intención, la comunidad del tema determina cierta semejanza que aquí no es posible soslayar. Asturias desciende de Valle Inclán, pues "El Señor Presidente" parece ser una prolongación de "Tirano Banderas", en tanto Vegas Seminario, como es sabido, toma sus ejemplos de Pérez Galdós, aunque macerados ya en el crisol de una personalidad narrativa que prefiere siempre la comunicación directa, simple, eficaz. Saturnino Ponciano, el personaje central de la ficción del escritor piurano, se ofrece como la caricatura mordaz del político criollo —del "político profesional", como bien se le denomina—, que el autor ha querido ubicar a principios de este siglo no obstante reconocerse en él a muchos que hoy mismo se ocupan de los negocios públicos.

La novela tiene actualidad. Todo el repertorio de triquiñuelas, acomodos, adulaciones, tráficos, concesiones y ganancias que son propios del politicastro nativo, de aquel que en vez de un ideal está movido por un interés de "arribismo" y poder, desfila en la historia de Ponciano como la trayectoria modelo de este espécimen humano nacional. La pluma de Vegas Seminario es, ante todo, una pluma descriptiva y superficial. No ha querido el novelista penetrar en la intimidad psicológica de su protagonista revelando los mecanismos anímicos

y morales que lo conducen en su peripecia vital y que condicionan, desde su origen, su visión del mundo. Ha contado, en cambio, los pasos externos de este individuo sin línea, sin doctrina, sin ética, mediocre de



talento, pero astuto para obtener, a pesar de sus fracasos, el favor de los poderosos, a base de incondicionalismo y hasta deslealtad consigo mismo y sus compromisos. Su última y profunda interioridad no queda revelada, pero el lector, al terminar la narración, ha gozado de una farsa en la que el farsante es como la síntesis de tantos como, entre nosotros, comercian con las promesas y hacen de las tareas de gobierno una suerte de mercadería, que compran y venden sin considerar que son vidas y esperanzas las que están en juego.

Tal vez el mayor mérito de Vegas Seminario en esta novela, aparte de la creación de un arquetipo del folklore político peruano —que lo es, también, de todo nuestro continente—, sea el haber puesto en boca de Ponciano, y en la boca, asimismo, de todos los que en torno a él y como él se comportan, las

fórmulas retóricas, los lugares comunes, las ideas manidas, etc. con las cuales engañan a quienes se supone que son sus electores y sus representados. No habrá lector de este libro que no sepa que esas maneras —a veces melodramáticas, a veces demagógicas, a veces enérgicas— son la cobertura de un propósito no siempre honesto, y que de tanto usarlas han quedado desprovistas de su contenido primigenio. La literatura tiene, entre sus muchos efectos positivos, el de destruir las formas fatigadas de una sociedad, el de crear una conciencia general sobre algún problema que atañe a la colectividad toda. La atmósfera de una época nutre al escritor, quien recoge ese incentivo y lo concreta en la obra: Don Quijote era más de la España filipina que de Cervantes, Fradique Mendez estaba en el Portugal antes que en Eca de Queiroz, Babbit pertenece más al mundo norteamericano que a Sinclair Lewis. Podemos decir, sencillamente, que Ponciano es fruto del Perú, y que el escritor no ha hecho sino cosecharlo.

Esta novela merece ser leída, y ser leída tanto por la masa de lectores cuanto por los políticos que, en sus páginas, encontrarán quizá el correctivo para muchos de los defectos que la ciudadanía les reprocha. La edición es pulcra, bien impresa, sobria, y su contenido invita todo el tiempo a la sonrisa, ya que Vegas Seminario ha preferido, ante un drama como el de la política, hacernos divertir y no llorar. La queja contra un estado de cosas corrompido está detrás de la humorada, y por eso es demoledora.

(1) FRANCISCO VEGAS SEMINARIO, "El Honorable Ponciano", Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva, Editores, Lima, 1957.